

ANTONIO RINALDI

HOJAS DE DIARIO

I
Soy un hombre, pero ¿con qué sentido...?

Este ser escapa a toda presa
del intelecto —punza

sólo a trechos la luz,
se fatiga en el día;
de noche ya, en lo oscuro,
de noche vuelve, inmenso.

Vivo tal vez, pero sólo
en una parte ignota,
en la parte remota
o polvorienta ya.

Solo, pues... Los amigos
dieron vuelta a la esquina
y, en el frío, las voces

se pierden,
se confunden los pasos.

Hielo, distancia, invierno.

Vano será el llamado,
vano esperar.

III

Resistir así, precisamente así, desierto
a veces...

viudo, viejo, mientras por la noche
vagas por la casa, con la boca cerrada,
te preparas la cena, haces el café...

y alguna cosa,
algo que es tuyo, dentro y fuera,
desde la cal de los muros, desde
tu pecho implora
una llamada telefónica, un amigo,
cualquier desconocido que te salve
de la marea —esta marea que sube.

V

Sepulto en el silencio
que domina en las noches
—la oscuridad es ataúd—
¿qué sonidos escuchas,
qué músicas oyes?

Vienen de allá, del mundo
siempre más cálido y verde,
donde están los destinos
vivos, humanos, las venturas.

Vienen de allá, de un cerro
donde nace —y palidece—
un aire inmaculado
donde llama —y se cansa—

la voz de tus muertos. ◇

De La Edad de la poesía

“C
ontra la literatura —pero con las armas bien
afiladas—, Rinaldi propone al poeta el riesgo que parecía
ya perdido (...) asestar un desequilibrio, propagar el
sobresalto, recogerlo de las apariencias últimas, con
gesto mínimo, en los actos de una precisión exasperada
y exasperante; es un hacer ‘por la palabra’ de alta
imitación natural que hoy tiene muy raros ejemplos.
Poeta raro en una situación de poderes literarios,
Rinaldi asciende siempre de la concentración más
consciente y al impulso del más retardado de los
resortes. No llena de palabras el vacío en el que
arbitrariamente se lanzan las distancias por alcanzar. No
se adelanta ni se precede. Dentro de su geología
poética, incluso en el residuo más ligero, él no defiende
su propio arimez, sino consume la huella, oquedad
indeleble de su abandono. Como muy pocos en la
poesía actual, es hombre y poeta merecedor de la
existencia, cincelado y rasguñado en la piedra dura.”
Con estas palabras termina el prólogo que Alfonso
Gatto escribiera para el libro de poemas de Antonio
Rinaldi (L’eta della poesia, Ed. Vallecchi, Florencia,
1969). Gatto fue no sólo el entrañable amigo que
“defiende al amigo poeta de la enemistad que éste
tiene por sí mismo” sino tal vez el más agudo de sus
críticos, que vio en la poesía de Rinaldi la tímida e
insolente firmeza de palabra, la dialéctica del canto y el
contra-canto en La edad de la poesía.

Antonio Rinaldi nació en Potenza (Basilicata) en 1914.
Siendo aún muy niño la familia se trasladó a Bolonia,
donde Rinaldi realizó sus estudios hasta graduarse en
Letras. Durante la Resistencia fue perseguido y
encarcelado varias veces a causa de su activismo
subversivo. Sus últimos años los pasó en Florencia,
dedicado a la enseñanza y al estudio de la literatura
inglesa y francesa. Su poesía se halla del lado del
“hermetismo”, pero aportando a éste una nota de
pasión moral y civil, con un tono deliberadamente
recogido, asordinado por el pudor aun tratando y
denunciando la barbarie de los acontecimientos
históricos de nuestra época.

Antonio Rinaldi murió en Florencia en 1982. ◇